

EDITORIAL

La dimensión histórica y el diálogo con las ciencias sociales

¿Enfrentarse a la historia, a la investigación histórica, le presentó algún problema?

Sí. Primero, carecía por completo de experiencia y método. Nunca en mi vida había trabajado un dato histórico, lo había trabajado periodísticamente. Pero eso de rastrear hasta el fondo, no lo había hecho. Por falta de método perdí mucho tiempo, perdí humor, me cansé innecesariamente. Si volviera a escribir un libro histórico, lo escribiría con más facilidad porque ya tengo idea.

Gabriel García Márquez

("El general en su laberinto: un libro vengativo", Entrevista de María Elvira Samper, Claridad 5-11 de mayo de 1989, p. 21.)

Los sudores del célebre novelista sugieren que la historia -como la literatura, la medicina y otras disciplinas intelectuales- tiene dimensión propia. Sin su apropiación el insigne colombiano pagó el alto precio de una práctica sin conceptos ni métodos adquiridos previamente. Estos no son patrimonio de algunos "escogidos" sino el sedimento que deja el proceso de adquirir una formación histórica. En otras palabras, no depende de la inteligencia y la sensibilidad, que le sobran a García Márquez, sino de los estudios históricos.

Parecerá extraño que destaquemos el perfil distintivo de la historia en momentos en que muchos estudiantes egresados de otras Facultades (principalmente de Ciencias Sociales) ingresan

a los programas de Maestría y Doctorado en Historia, y sobre todo, cuando todavía lamentamos las geografías divorciadas de las ciencias sociales y la historia dentro del "organigrama" universitario puertorriqueño. Es obvio a estas alturas que la separación física en facultades distintas silenció el intercambio de información, técnicas y enfoques y ahondó unas diferencias superables montadas sobre una vieja y falsa premisa: la historia es un arte y no una ciencia.

En el terreno de la historia, los historiadores le dieron la espalda a las ciencias humanas -basta recordar la indiferencia destilada ante la aparición del importante libro *The People of Puerto Rico* (1956) de Julian H. Steward, Eric Wolf, Sidney Mintz y otros antropólogos norteamericanos acogidos por la Facultad de Ciencias Sociales- y pagaron cara su pretenciosa autosuficiencia académica. En particular, la ignorancia de las metodologías de las ciencias sociales retrasó por décadas la integración a la historia de la demografía, el análisis económico, la estadística, la geografía humana y otras ópticas igualmente ricas. En consecuencia, se endureció el positivismo rancio y la recopilación de datos primó sobre la explicación de los problemas vitales de la historia lejana e inmediata.

Esa incomunicación contribuyó igualmente al desconocimiento de las obras históricas en la Facultad de Ciencias Sociales y agudizó unas discrepancias reales, particularmente la visión "inmediatista" de la realidad suscrita por muchos sociólogos, antropólogos, politólogos y economistas formados mayormente en los Estados Unidos.

Ahora bien, el extrañamiento de la historia y las ciencias sociales y las dificultades de los estudiantes provenientes de las ciencias sociales para encajar en el molde de la historia no responden únicamente a la distancia física de las respectivas facultades sino también a la visión parcelada de la realidad típica de las ciencias sociales. Esta distorsión data de mediados del siglo pasado cuando, según Eric Wolf, "...la pesquisa de la naturaleza y las variedades de la humanidad se escindió en especialidades y disciplinas separadas y desiguales. Esta ruptura fue fatal. No sólo condujo al estudio intensivo y especializado de aspectos particulares de la existencia humana sino que

convirtió las razones ideológicas de la fisura en justificaciones intelectuales de las mismas especialidades" (Eric Wolf, *Europe and the People Without History*. Berkeley, University of California Press, 1982, pág. 7). Así ocurrió en la sociología, la antropología y, sobre todo, en la economía donde "la separación de las relaciones sociales de los contextos económicos, políticos e ideológicos en que ocurrían se acompañó de la asignación a disciplinas separadas de los aspectos económicos y políticos de la vida humana" (*Ibid.*, pag. 9). El mismo Wolf, antropólogo de profesión, concluyó a tiempo que la antropología tenía que "descubrir la historia, una historia que diera cuenta de las maneras en que surgió el sistema social del mundo moderno y explicara todas las sociedades, inclusive la nuestra" (*Ibid.*, pág. IX).

Es decir, las diferencias teóricas y metodológicas entre la historia y las ciencias sociales son concretas. Por ejemplo, ante el "presentismo" de las ciencias sociales la historia insiste en ver la actualidad como una instancia con pasado y futuro. Y frente al análisis que fragmenta las acciones humanas, la historia propone el conocimiento totalizante de los individuos en sociedad, tal como muestra Eric Hobsbawm en *The Age of Revolution 1789-1848* (New York, The New American Library, 1964).

Mas a pesar de que la historia ha incorporado muchos enfoques de las ciencias sociales y éstas descubren las aportaciones de los historiadores, todavía los acercamientos son mayormente retóricos. Esto no es poco si recordamos cuánto han avanzado los historiadores desde su paternalista clasificación de las ciencias sociales como "ciencias auxiliares" hasta las actuales "ciencias solidarias". Ese respeto intelectual podrá traducirse en admiración real en ambas direcciones a partir del saludable reconocimiento de las diferentes texturas. Así, de la misma manera que los historiadores no incursionan en las ciencias sociales sin enterarse de sus metodologías, los científicos sociales deben conocer de antemano los caminos de la historia. Al fin de cuentas, la historia no es la sicología, la planificación o la administración pública porque tiene procedimientos singulares, porta conceptos particulares y es el

resultado de una larga relación con una bibliografía y unas formas de manejar las evidencias y de atreverse a explicar el pasado, el presente y el futuro.